

1

¿A dónde te escondiste?
(Juan de la Cruz)

Toda la vida, ya mediada, desaprendiendo. Desde la misma cuna, desde antes del primer recuerdo, los padres transmiten su sombra en forma de avisos, cuidados, normas, antepasados, celos, dioses, patrias, anhelos; la escuela nos llena luego la cabeza, el corazón, de banderas, imperios de cartón piedra, mandamientos, héroes de Enciclopedia Álvarez, mártires de la causa, malos de película, misioneros comidos por el tigre, vírgenes y confesores; la sociedad, más tarde, de cartillas, créditos, porvenires, seguros a todo riesgo: el caso es pensar, siempre, que eso que tú ves y vives es la dimensión exacta del universo.

Dado cualquier entorno, el que fuere, es imposible deducir que las cosas no vayan a ser como nosotros (y con qué intensidad) las vivimos: cómo no ha de estar ahí esa frontera, ese recuerdo colectivo de añejas pero no menos heroicas hazañas, ese “nosotros” que nos circunda, esos dioses lares y penates que nos piden circuncisión o tierra, sacrificios o misericordia, cómo no van a ser reales estos apellidos que al declararme e identificarme me centran, me cercan, me encadenan a una serie biológica en forma de ADN o *flatus vocis* que hunde sus raíces en esta misma tierra que, cientos de años después, yo mismo piso y venero.

Desaprender, desandar en busca del centro, del vórtice onfálico, del útero materno por el que, un día, sacamos la cabeza pelona y fuimos acogidos en unos brazos a un mismo tiempo aplastados por un terror de siglos y, con idéntica intensidad, exaltados por una seguridad lunática y milenaria, a través de la cual obra la Naturaleza para reproducirse, en zig zag de beoda, generación tras generación.

Luego comienza la hora de la Recapitulación, la de derribar los ídolos, la madre, el padre, todos los Padres... para quedarnos en cueros, como el primer día, ahora, ya, sin brazos que nos acojan temblorosos y nos nombren: piedras blandas sin fe en el futuro. Ni siquiera sabe uno que este des-andar hacia el regazo sirva para algo, a lo mejor es más agallas aún, más práctico y sereno, hincar la cerviz al yugo cansado de la Costumbre y eternizar el rito insomne de construir eternamente la torre de babel, el arca de la alianza, la nave final contra todos los diluvios, agarrar el odre viejo y beber a gollote sin descanso hasta que el torpor sedante del sueño espeso de este vino postrero, quizá por fin, sepa, transubstanciado, a sangre y a placenta materna, al calor germinal que nos envolvía antes de la expulsión del paraíso: pero el ángel guardián no nos deja

acercarnos al árbol de la vida, mira su espada flamígera, imposible regresar.

¿Si encontrara un nuevo camino, si no confundiera otra vez un croquis con el mapa exacto del Universo, si mi Aurora idealizada se hiciera carne, desaparecería el colapso?, ¿hay remedio contra la castración, o uno se queda eunuco para siempre hasta en el Reino de los cielos? ¿Es la huida una embriaguez exaltada, pura euforia desesperada que me saca de quicio y hace que me olvide por un día, un mes, un año, de quién soy? El nombre, el nombre, las raíces, condenado a ser árbol... Luego (¿necesariamente y por suerte?) viene el des-engaño, desaprender el camino y lanzarse al barbecho sin otra brújula que la tenaza en el esternón que se me agarra con más fuerza que antes, que ahora. ¿No hay remedio?

2

decidle que adolezco, peno y muero

Probaste, contra el pánico latente, en plena adolescencia, la salvación por la fe, la famosa confianza en Aquel que te ha llamado por tu nombre. Y te ofreciste como *castrato* en el coro de las futuras Dominaciones, dejaste de frecuentar las subidas cavernas, las interiores bodegas, los claros ojos de Aurora y los baños en las Lagunas los domingos, olvidaste que tu sombra natural y sus veneros eran unos padres, tan ignorantes y miedosos como cualquiera: tu madre jamás te lo perdonó y hasta, acaso, se muriera de eso, renunciaste a tu pueblo, tu “gente” (otro croquis, ¡pero tan esponjoso!), a tus árboles raíces durante casi treinta años, buscando en la huida otro rostro sobre el que comenzar de cero, fundar una familia espiritual, más dulce, más tierna, más acorde con la música original de las esferas, fiel al mensaje primigenio, no alterada en sus genes por miedos, herencias, costumbres inmemoriales de cainismo, una familia como recién inaugurada, incunable, que no arrastre la podredumbre y el rencor de cien generaciones de ADN.

Desaprender de un tajo para llenarte sólo de amor, belleza, entusiasmo, una cruzada de fe redentora, la salvación del género humano, el sacrificio infinito: todo tan claro, tan practicable, tan sencillo.

¿Y bien? Euforia juvenil, no creo que alegría, plenitud, eso sí, saberse dueño, por entero, de la Verdad, qué superioridad, qué ganas de humildad y de soberbia, pobrecitos ahí en la intemperie, tenemos que salvarlos, el mundo agoniza y no conoce la buena noticia, el alumbramiento definitivo del Dios salvador, la próxima venida del Ungido con el yugo recién engrasado, suave y ligero, el rito impecable de quien, más allá del miedo, se deja atrapar por la claridad.

Durante mucho tiempo después de esta huida nocturna, vivirás con añoranza de

seguridad, de burbuja, querrás, necesitarás sentirte superior, no habías desaprendido el peor de sus venenos, es una forma de estar en el mundo, gracias, Señor, por no ser como ellos, pensarás durante mucho, acaso demasiado tiempo. Al ver ahora “tan claro”, te horroriza saberte aquella persona, nueva trampa, y te angustia pensar cuáles serán tus ocultos resortes actuales, los que te están corroyendo en este mismo instante, los que no percibes, ni quizás puedas ver nunca: los que confunden tu miopía de formas sin bordes con la dureza puntiaguda de las cosas.

Ahora mismo, tras una noche de insomnio en que decides escaparte y, tú aún no lo sabes, romper con tu Familia, que se te ha transformado, de repente, en una alucinada cofradía de fanáticos, sigues actuando, es imposible otra cosa, como un autómatas; preparas la escasa maleta, recoges tu petate exiguo, el tesoro de veinticinco años extraviado, sales a oscuras y en celada, antes de que suene la campana invitando a las plegarias matutinas, sacas un billete con destino a Madrid y te enfrascas en una nueva identificación contigo mismo, un tú mismo adolescente, de hace más de media vida, y te sueñas aún quinceañero, antes del cursillo en la sierra, como si fueras a ir mañana con Aurora a las Lagunas, con esa ilusión te subes al autobús, antes del alba, bajo la grumosa llovizna del bocho, viajas solo, por primera vez, ¿desde hace cuánto tiempo?; piensas en tu padre muerto, su claro deseo de ser incinerado, para escándalo de los abbas; te imaginas de nuevo apasionado gratuitamente por el arte, por lo que fue tu vocación, quieres olvidar de golpe las estatuitas beatas, las eternas anunciaciones de san Lucas, con crucifijo y baldaquino, las clases de manualidades: tu refugio estos últimos años, un remedio relativamente eficaz, ¡otro aprendizaje!, otro parapeto contra la soledad y el vacío que se fue creando a tu alrededor, desde la muerte impotente de tu madre; pero de ello hablaré más adelante, cuando te instale en la casa que fue de tu infancia y donde yacerán, unidas en el parterre, las cenizas de tus padres, y sueñes con su boda y abras el pequeño taller de restauración y conviertas la ermita tan derruida o más que tu propia vida en un lugar de peregrinación y orgullo para toda la comarca. De momento, lo único que hay es un autobús de línea que traquetea por Altube en dirección a Castilla y un desconcierto eufórico y desnortado.

Piensa que lo has perdido todo y te vas a ver, de un día para otro (anoche aún recitabas las plegarias con tus hermanos) en un lugar ajeno, sólo un recuerdo idealizado en tu memoria de niño, sin familia, sin amigos, sin trabajo, con gente hostil que te considera traidor a su causa, por toda renta con un peculio en forma de modesta herencia paterna, una casa en un pueblo perdido de La Mancha.

El aturdimiento, la confusión y la gravedad de la decisión que acabas de tomar no te dejan, exactamente, pensar, tus pulsiones revientan en un reverbero de emociones y anhelos, se deshilan por tu mente como estas nubes desgajadas y foscas que sobrevuelan el paisaje nevado que se te ofrece ahora desde la ventanilla, y adquieren

aquí, en las palabras, una forma aproximada. Acaso lo mejor, lo único, que se puede hacer es respirar una buena bocanada de aire puro de la Meseta, buscar la llave, como un judío errante y deicida en la diáspora, y abrir de nuevo el portón de tus raíces. Así es. Todo lo que queda de tu vida anterior a estos últimos veinticinco años de claridad tibia e impotente es una llave de hierro y el recuerdo de un lugar, el pueblo de tu niñez, un nombre y unos rostros borrosos a los que nunca has regresado en todo este tiempo.

Te viene a la memoria, de manera mecánica, recurrente, mientras en la neblina se intuyen ya las formaciones graníticas de Pancorbo, la imagen del cuadro de Domenico Veneziano que impulsó tu llamada. Nada es casual. Intuiste que aquel artista desconocido estaba pintando aposta para ti esa escena; era como decirte: es mucho más fácil de lo que te imaginas, no tengas miedo, mírame, todo se resume en un *fiat*, hágase, sacrifica esa relación que tanto disgusta a tu madre, tu amor infatuado de mozallón adolescente y sígueme, te daré en heredad un Camino Seguro, una pléyade de hermanos, un lugar preparado desde la eternidad para ti en el Paraíso de los corredores, concluir la obra inacabada de mi Hijo. Piénsalo. Cincuenta o sesenta años de alegre y pronta obediencia a cambio de Todo. Dios Trino te ha elegido desde siempre para que seas padre virgen de centenares de almas.

Yo no quiero casarme con ella, pensaste, cuando lo que sentías era, tengo miedo de que se cumpla el vaticinio de mi madre: bastante sufrimos con tu abuelo. Y luego ya, dentro de la Familia, te remuerde la conciencia de la última tarde con Aurora, la despedida en la huerta: no pasó nada, decides orgulloso, cuando, si lo piensas, lo que se interpuso entre tu cuerpo y el de ella no fue tu presunta virtud, sino ese tallito que nunca te sajó, de un tajo santo, el *mohel*, y que va a decidir por ti, soterrado, durante cinco lustros de pseudocastidad misógina.

Lo que querrías es escapar de este universo cristalizado en el que sueñas con los cinco sentidos, condenado a repetir eternamente el rol de comparsa aterido, catorce años, cuarenta, tu pueblo, la ermita, qué importa, siempre la víctima, es tu papel en la farsa: un bululú. Si no caes en la cuenta de quién eres realmente, no puedes dejar de interpretar tu personaje.

Y, por si hubiera alguna duda, el viaje a Venecia con que termina la historia estaba ya previsto en su comienzo. Terrible. La verdad está en el límite tolerable de lo terrible. Cuando empiezas a comprender algo, a descubrir surcos, engramas en el cerebro, crees que estás por fin en el esfuerzo final en pos de la salida, y lo único que haces es abrir nuevas galerías, más pasadizos de desconcierto y derrota en el interior del laberinto. Si lo sé no hubiera hecho tal cosa, dices, cuando la tal cosa está ya hecha sin remedio y has excavado un par de nuevos pasillos, los del arrepentimiento, en los que perderte y desorientarte, incapaz de reconocer, de recordar, que sólo son fruto de tu imperioso deseo de salir. Pero, salir, ¿adónde?

En vez de caer en la cuenta de quién eres, corres el riesgo de dormirte más aún. Hace veinticinco años. Creíste descubrir la clave en el cursillo veraniego, abandonarlos a todos, por un ideal inconcebible, que proclamaba, mil gracias refiriendo, la alegría del anuncio verdadero del reino inminente. Qué atractivo, y tú tan jovencito, los quince por cumplir, se acabó, qué es el amor de esa chica, un espejismo, una Betsabé cualquiera, carne pronta a ajarse, a volverse histérica, fofa, imprevisible, no ames amor que se pueda morir, te decía el abba Gabriel, meloso, seductor, simpático, al que confiaste tu corazón en aquellos días de aislamiento, dudas y entusiasmos; una judía, extranjera, de padre desconocido, decían en tu propio pueblo; ni se te ocurra acercarte a Aurora, te conminaron los ojos inyectados de tu madre, atrapados por un terror de la infancia; haz como Ella, te explica luego el abba, contempla este cuadro y fíjate, Pablo, casi una niña, tendrá trece o catorce años, igual que tú, pero madura para el sí a Dios, para el *fiat*, está adorando, colgado sobre su lecho, a Aquel a quien en este mismo instante recibe en su seno inmaculado. Lo ves así de claro al contemplar fascinado aquel cuadro del sabio pintor veneciano y asistir a la explicación misteriosa del abba: acabas de comprender el Universo. Para que Jesús nazca, antes tiene que morir (encarnarse) Cristo, y para que Cristo nos redima, antes ha de morir Jesús, hasta el fin de los tiempos. Palabras que no comprendes del todo, pero que te fascinan.

Tú mismo aquí sentado delante de la tabla, explicándosela a Aurora, consciente de que estás atrapado en una espiral sin salida, como cuando una experiencia real nos recuerda un sueño previo y anticipamos la escena, ya vivida. Si al menos hubiera vórtice, el punto infinito en el que, desde el divino centro, ves el cambio incesante, la quietud del movimiento; otros lo han experimentado, tras las oscuras noches del sentido y del espíritu, esta última bien angosta y horrenda, la oquedad tensa de la Nada, pero tú sólo la angustia, el vértigo, la lucidez horrible del condenado a condenarse eternamente, como en el juicio final de Miguel Ángel. Nunca olvidarás tu rostro de horror, allí pintado, al caer en la cuenta de lo que Dios te tenía preparado desde toda la eternidad.

¿Cuánto duró aquella visión? Estabas como en trance, los dos túneles de Pancorbo, la inminencia de tu regreso, el cadáver aún caliente de tu padre, el telegrama en el bolsillo, el crucifijo sobre la cama de la virgen, el ángel que anuncia a una y consuela al otro allá en el huerto, veinticinco años después de esta escena, en la Academia, con Aurora, pero *al mismo tiempo* el abba que te dice, suavemente, al oído, veo que te has dado cuenta, en efecto, él fue uno de nuestros precursores, preparó, por designio divino, el camino de la Familia; nuestro Abba Mesías, el venerado don Marco, recibió la inspiración para fundar la *Societas Trinitatis* al contemplar en oración este cuadro.